

FORAJIDO LITERARIO

VIDA Y TIEMPO DE
WILLIAM S. BURROUGHS

TED MORGAN

Traducción: Óscar Palmer Yáñez



ES POP ENSAYO
ES POP EDICIONES

TÍTULO ORIGINAL:
Literary Outlaw
The Life and Times of William S. Burroughs
W. W. Norton & Company, Inc.
Nueva York, 2012

ES POP ENSAYO Nº 28
1ª EDICIÓN: MAYO 2022

Published by arrangement with
W. W. Norton & Company, Inc.
© 2012, 1988 by Ted Morgan
© 2022 de la traducción: Óscar Palmer Yáñez
© 2022 de esta edición: Es Pop Ediciones
Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid
www.espop.es

REVISIÓN DE PRUEBAS:
Manuela Carmona, Javier Lucini

DISEÑO Y MAQUETA:
El Pulpo Design

ILUSTRACIÓN DE PORTADILLA:
Leib Chigrin

ILUSTRACIÓN DE COLOFÓN:
Miguel Ángel Martín

LOGO:
Gabi Beltrán

IMPRESIÓN:
Cofás

ENCUADERNACIÓN:
Huertas

Impreso en España
ISBN: 978-84-17645-17-5
Depósito legal: M-11635-2022

ÍNDICE

NOTA SOBRE EL MÉTODO	7
PREFACIO	9
Prólogo · La ceremonia: 1983	21
1 · San Luis: 1914 - 1931	35
2 · Los Álamos: 1929 - 1932	65
3 · Cambridge: 1932 - 1938	81
4 · Nueva York: 1939 - 1941	95
5 · Chicago y Nueva York: 1942 - 1944	109
6 · Y los hipopótamos se cocieron en sus tanques: 1944	126
7 · Caballo: 1945 - 1946	141
8 · Texas: 1947 - 1948	165
9 · Luisiana: 1948 - 1949	184
10 · México: 1949 - 1952	205
11 · Colombia: 1953	251
12 · Tánger: 1954 - 1958	271
13 · París: 1958 - 1960	312
14 · El almuerzo desnudo: 1959 - 1966	369

15 · Burroughs conoce a Leary: 1960 - 1961	404
16 · Burroughs desatado: 1962 - 1965	434
17 · Los años de Londres: 1966 - 1973	474
18 · Nueva York: 1974 - 1976	520
19 · Billy: 1974 - 1981	547
20 · El Búnker: 1976 - 1981	591
21 · Lawrence: 1981 - 1988	627
22 · Los años postreros: 1988 - 1997	676
AGRADECIMIENTOS	699
NOTAS	701
ÍNDICE ONOMÁSTICO	711

PREFACIO

CUANDO WILLIAM BURROUGHS ME PIDIÓ que escribiera su biografía en 1985, mencionó el rumor de que Truman Capote había evitado intervenir cuando sus dos asesinos convictos fueron ahorcados con objeto de poder concluir *A sangre fría* con una escena de ejecución. Le repelía pensar que también yo pudiera acabar deseando su fallecimiento para propiciar la publicación de mi libro. Le prometí que no habría esperas morbosas junto a su lecho de muerte. El libro se editó en 1988. Burroughs falleció en 1997, nueve años después de su publicación. Ahora, finalmente, me he propuesto completar la vida que dejé inacabada entonces.

La historia detrás de este libro comienza en 1968, cuando estuve en París cubriendo las protestas laborales y estudiantiles del Mayo Francés para el *New York Times Magazine*. También tenía un contrato con Putnam para escribir un libro sobre los franceses. Quizás porque vivo demasiado centrado en el presente, raras veces he tenido ideas para mis libros. Fue mi amigo Luigi Barzini quien me dijo: «Soy un italiano americanizado que escribe sobre italianos y tú eres un francés americanizado, ¿por qué no escribes sobre los franceses?».

A finales de 1968 di por completada la labor de documentación y me dispuse a buscar un sitio barato donde escribir el libro. Mi amigo Michael Wolfert, que había pedido una excedencia de su prominente puesto en la UNESCO, se encontraba en Tánger escribiendo una novela y me dijo: «No hay lugar más barato que Tánger. Puedes alquilar una casa por cien dólares semanales y contratar criados por veinte dólares a la semana. Puedo conseguirte una beca para Gabriel en la Escuela Americana, donde solía enseñar yo. Además, hay una colonia de escritores angloamericanos adictos al kif».

Así pues, viajé a Tánger con mi mujer embarazada y mi hijo de seis años, con intención de quedarnos allí un año. Encontré una casa cerca del club de tenis en una calle bordeada por jacarandás, contraté a una nodriza cuando nuestra hija Amber nació en abril y también a una doncella. Acabamos quedándonos cuatro años.

Uno de los motivos fue la actitud tolerante del Gobierno marroquí frente a la comunidad de expatriados. No había formularios que rellenar, ni impuestos que pagar ni visados que renovar. La atmósfera de la otrora independiente Tánger había sobrevivido a la monarquía que ahora la gobernaba. Me tomé como un indicio de *laissez-faire* el hecho de que en el casco antiguo de la ciudad no hubiera ni un solo semáforo. Otro indicio fue que, en cuatro años, no tuve que tratar con ningún funcionario, salvo cuando pasaba por la aduana al llegar o al partir. Oh, y salvo por un agente de tráfico en el bulevar principal con vistas al Mediterráneo que detenía mi VW con matrícula de Gibraltar una vez al año para venderme dos participaciones para la lotería del cuerpo de policía. Agnóstico de toda la vida en lo que a Dios y gobiernos se refiere, experimenté una gran sensación de libertad personal bajo el reinado de Rabat.

No obstante, el principal motivo para quedarnos en Tánger fue la oportunidad de conocer a escritores a los que jamás habría conocido de otro modo, escritores que rápidamente pasaron a ser amigos, como Paul Bowles y Brion Gysin.

Paul era muy agarrado en ciertos aspectos y extravagante en otros. No tenía teléfono, pero mantenía a su servicio un coche con chófer. Para complementar lo que ingresaba con sus *royalties*, capturaba escorpiones que vendía por su veneno en la sede local del Instituto Pasteur. Una vez me llevó en una de sus expediciones y condujimos hasta un bosquecillo de palmitos a pocos kilómetros de Tánger. Yo llevaba un bote y él, una rama fina. Me fue explicando el proceso a medida que lo iba poniendo en práctica: «Los escorpiones abren agujeros en las raíces de los palmitos. Voy a humedecer con saliva la punta de esta vara y la voy a introducir en un agujero». Eso hizo. «Cuando notas un pequeño tirón es que el escorpión ha pinzado la punta y has de retirar rápidamente la vara», dijo sacando un escorpión agarrado a la rama. «Ahora, con este cortaúñas, le corto el pequeño agujijón de la cola». Nos pasamos una hora cazando escorpiones. Capturó una veintena y me pidió que no le revelara a nadie la ubicación del bosquecillo. No quería competencia.

Nacido en 1916, de padre suizo y madre canadiense, Brion Gysin gravitó hacia París a los dieciocho años, en 1934. Al igual que otros jóvenes rebeldes, desarrolló afinidad por el movimiento surrealista. Encontró el modo de conocer a Max Ernst y Henri Michaux y les enseñó sus dibujos con plumilla, figuras desarmadas en paisajes vacíos a los que daba títulos apropiadamente surrealistas como *Sexo secreto de*

una locomotora. En diciembre de 1935, Brion fue invitado a aportar algunos dibujos a una exposición colectiva de surrealistas en la Galerie Aux Quatre Chemins. Entre los demás artistas participantes se encontraban René Magritte, Salvador Dalí y Pablo Picasso.

Por diversión, Brion había diseñado un cartel callejero que pretendía celebrar la ejecución del rey Luis XVI, mostrando una enorme cabeza de becerro tocada con peluca y colocada sobre un banco. La cabeza tenía un marcado parecido con el irascible cabecilla del movimiento surrealista, André Breton. Como en francés *tête de veau* es una expresión en jerga para referirse a los idiotas, a Breton no le hizo la menor gracia. Cuando Brion se presentó en la galería para la inauguración, se encontró al escritor surrealista Paul Eluard descolgando sus dibujos.

Excluido a los diecinueve años de edad, Brion asumió el manto de paria. Durante el resto de su vida seguiría mostrando suspicacia tanto por los galeristas como por quienes profesaban admirar su arte. Según le escribió a Paul Bowles desde París en 1960, había producido docenas de cuadros, pero «no puedo decir que los marchantes me hayan inundado con ofertas y yo estoy demasiado ocupado como para andar besándoles el culo».

No obstante, una cosa que sí heredó de los surrealistas fue el gusto por el juego del «cadáver exquisito», consistente en doblar una hoja en cuatro para que sendos artistas dibujen cada uno en un pliegue, sin ver lo que han hecho los demás. El resultado, que dependía del azar y la autoría múltiple, era el cadáver exquisito. En el Museo de Arte Moderno de Nueva York pueden verse varios.

Brion viajó por primera vez a Tánger en 1950, tras haberse pasado en Nueva York una década interrumpida por su servicio militar en el Ejército canadiense, durante el cual acabó destacado en la Academia de la Lengua Japonesa de Vancouver, donde en 1944 estudió caligrafía japonesa. En Tánger pintó cuadros caligráficos, de los cuales tengo la fortuna de poseer tres, y dirigió un restaurante llamado «Las mil y una noches», en el que los camareros bailaban y equilibraban bandejas sobre la cabeza. Burroughs también estaba en Tánger en aquel momento, escribiendo *El almuerzo desnudo*, pero sintió rechazo por los jovencitos bailarines de Brion. Decía que con sus «caras de comadreja, sus hombros estrechos y su terrible dentadura» le recordaban a «un equipo de bolos de Newark».

Según escribió Burroughs en el prefacio a la edición estadounidense de 1962 de *El almuerzo desnudo*: «En Tánger vivía en un cuartucho de la medina. Llevaba un año sin darme un baño, sin cambiarme de ropa y prácticamente sin quitármela salvo para introducir cada hora una jeringuilla en la fibrosa y lanífera carne gris de la adicción terminal. Nunca limpiaba ni quitaba el polvo. La basura y las cajas de ampollas

vacías se amontonaban en mi cuarto hasta llegar al techo. [...] Podía pasarme ocho horas observando la punta de mi zapato».

En 1958, tanto Brion como Burroughs estaban residiendo en París y se encontraron por casualidad en la plaza de Saint-Michel. Esta vez hicieron buenas migas y, como Brion andaba a la cuarta pregunta y buscaba una pensión barata, Burroughs le encontró un cuarto en el Hotel Beat, en la calle Git-le-Coeur. Brion pintaba, Burroughs escribía y, cuando se encontraban, se estimulaban mutuamente con nuevas ideas. Un día de 1959, mientras cortaba tela para un lienzo, Brion atravesó una pila de periódicos con su cúter, recogió las tiras de papel y las distribuyó al azar hasta crear un mosaico. Le enseñó el resultado a Burroughs, diciendo que le recordaba a los cadáveres exquisitos. «La escritura va cincuenta años por detrás de la pintura», añadió, sugiriendo que el uso que hacían del azar los surrealistas en sus dibujos podía adaptarse a la prosa. Comenzaron a experimentar con lo que bautizaron como la técnica del *cut-up*, probando en primer lugar con un poema de Rimbaud y más tarde con cualquier otra cosa que tuvieran a mano, creando nuevos textos a partir de periódicos viejos y cartas de sus familiares.

Para Burroughs era el momento idóneo. Había publicado *El almuerzo desnudo*, que fue encasillado por los críticos como «experimental» e «ininteligible». El *Times Literary Supplement* de Londres, en una reseña titulada «PUAJ», calificó la obra de «mejunje gris, [...] desagradable, [...] pura masturbación verbal». A sus setenta y seis años, Edith Sitwell, la gran dama de la poesía inglesa, aplaudió la crítica: «No tengo el menor deseo de pasar el resto de mi vida metiendo la nariz en los retretes de otras personas. Prefiero el Chanel No. 5».

La respuesta de Burroughs a las críticas fue aumentar la inteligibilidad. Los *cut-ups* fueron el siguiente paso para escapar de la narrativa convencional. La técnica era más fiel a la experiencia cotidiana. «Cada vez que sales de casa o miras por la ventana, tu conciencia se ve interrumpida por todo tipo de factores aleatorios», afirmaba. También le agradaba el modo en que los *cut-ups* eliminaban el ego posesivo de la conciencia autoral y el hecho de que cualquier persona pudiera hacerlos en compañía. Por último, le brindaban la oportunidad de servirse de un material obsesivo y personal de una manera que parecía casual e impersonal.

Aunque sus críticos recibieron los *cut-ups* como un simple truco de salón, para Burroughs representaban una suerte de magia de gurú que hacía visibles dimensiones alternativas. La técnica implicaba la eliminación de restricciones y de sistemas de control, suponía abrir una puerta de entrada a lo ajeno. Burroughs pasó a depender sobremanera de Brion; sus mentes se combinaron para formar una tercera: el colaborador invisible.

Brion estuvo cuatro años en el Hotel Beat con Burroughs, ejerciendo de copiloto y compañero de exploraciones, la persona con la que ponía a prueba todas sus ideas. Su respuesta ante el bíblico «En el principio era el Verbo» fue «Emborronemos el verbo».

No obstante, Allen Ginsberg y Gregory Corso, que también andaban entrando y saliendo del Hotel Beat, rechazaron la técnica del *cut-up*, pues consideraban que eliminaba su voz poética. ¿Qué sentido tenía recortar una pila de periódicos y crear largas tiras de texto únicamente para reordenarlas? A lo que Burroughs respondió que los periódicos en sí también eran *cut-ups*, con la entradilla en la primera plana y el resto de la noticia en una página distinta.

Corso dijo que sus poemas «surgen del alma, no de diccionarios. No quiero poemas creados por una tijera». Ginsberg insistía en que los *cut-ups* «amenazaban con la pérdida del amor y la esperanza». De este modo, los *cut-ups* dividieron a los beat en facciones. Burroughs siguió intentando en vano convertir a su viejo amigo Ginsberg, escribiéndole desde Londres, donde estaba viviendo tras haber sido detenido por posesión de drogas en París en 1960: «He intentado más de una vez comunicar lo que sé. No has querido o no has sido capaz de escucharme. [...] Presta atención. [...] Saca la copia de esta carta que encontrarás adjunta. Corta siguiendo las líneas. Reordénalas colocando la primera tira sobre la tercera y la segunda sobre la cuarta. No te pares a pensarlo. Haz la prueba. Haz lo mismo con tus poemas».

Una consecuencia de los *cut-ups* fue que Burroughs acabó convencido de que podía usarlos para desquitarse de las personas por las que sentía rencor. En un quiosco cercano al hotel había una anciana que, según le parecía, le echaba miradas asesinas cada vez que iba allí a comprar el *Herald Tribune*. Burroughs preparó un *cut-up* a partir de los periódicos que le había vendido y poco después su quiosco ardió hasta los cimientos. Burroughs le dijo a Brion que estaba muy satisfecho con el método.

Cuando Burroughs se mudó a Londres, Brion volvió a Marruecos, aunque posteriormente acabaría regresando a París de manera definitiva. Una entrada de su diario fechada el 13 de enero de 1985, un año antes de su muerte, revela que su debut como joven prodigio desdeñado aún seguía escociéndole: «Fui descolgado por orden de André Breton. Tenía diecinueve años, ni un chavo en el bolsillo y era sexualmente inestable». Cincuenta años más tarde, seguía esperando reconocimiento por parte del mundo del arte. La suya había sido «una vida de aventuras que no han conducido a ninguna parte». Los editores decían que era un pintor y las galerías decían que era un escritor.

Cuando fui a visitarle en 1986, pocos meses antes de su fallecimiento, me dijo: «He cometido todos y cada uno de los errores posibles». Repuse que sonaba paranoico y que quizá fuese consecuencia del kif que nunca había dejado de fumar.

«La enseñanza que nos dejaron los sesenta fue que los paranoicos resultaron tener razón», arguyó, añadiendo que sentía «desasparo», una mezcla entre desespero y desaparición.

«Desde luego es un error dedicarse a más de una disciplina», afirmaba Brion. «No todo el mundo puede ser un héroe del decatón. Los *cut-ups* fueron un accidente. Se me antojó un regalo maravilloso para William, que tenía una obra a la que podría aplicarlos. Yo no tenía esa obra a partir de la cual cortar y producir algo nuevo, pero a William le fue bien con ellos, de modo que le cedí la técnica. Continuamente dejaba abandonados sus manuscritos en cualquier parte y yo siempre le decía que en el Bar Parade de Tánger los vendían página por página; le recomendé que los conservara».

Afectado de enfisema y cáncer de pulmón, Brion vivía pegado a una bombona de oxígeno, de la que se desenganchaba cada dos por tres para fumarse un porro. Había encontrado un piso en la rue Saint-Martin, enfrente de las obras de construcción del Centro Pompidou. El creciente esqueleto de la estructura le recordó a sus cuadrículas para los *cut-ups* y se sintió inspirado a recuperar la técnica, creando una serie que tituló *El último museo*. A pesar de su enfermedad, alquiló un estudio y produjo una obra de tres metros de ancho, una sola línea de caligrafía extendida a lo largo de diez lienzos. En 1986 fue nombrado Comendador de la Orden de las Artes y las Letras en Francia. Fue también el año de su fallecimiento, en julio, a la edad de setenta años.

Su amigo John Giorno consideraba a Brion «una figura muy relevante en las vidas de otros, un cortesano en uno de los principados alemanes, un gran extravagante». Con el paso de los años, una nueva generación de jóvenes artistas citaría la influencia de Brion, entre ellos Keith Haring, George Condo y Andy Warhol, que compró dos de sus dibujos.

En 2010 fue objeto de una espectacular retrospectiva en el Nuevo Museo de Arte Contemporáneo de Nueva York que incluyó desde *cut-ups* hasta su magistral *Calligraphitti of Fire*. El catálogo aseveraba que sólo entonces, transcurridos más de veinte años desde su muerte («en un momento en que la amenazadora presencia de lo que Gysin y Burroughs denominaban “Control”, con todas sus implicaciones, parece una cuestión más alarmante que nunca»), su obra había «alcanzado una resonancia peculiar, gracias a su ataque multidireccional contra todos los “ismos” aceptados».

Expulsado de su primera exposición, Brion no llegó a presenciar su retrospectiva. «La historia de mi vida», habría dicho él.

En la actualidad, la técnica del *cut-up* sigue gozando de relevancia y saludable vigencia. ¿Qué es Internet sino el *cut-up* elevado a la enésima potencia, con sus versiones enfrentadas de las noticias y su cháchara de Twitter? Una nueva puerta de entrada para lo ajeno. Hoy, tanto Burroughs como Brion han alcanzado la categoría

de figuras de culto por haber reformulado el modo en que vemos las cosas. Tal como lo expresó uno de los admiradores de Brion: «Él era la luz que parpadea en el párpado cerrado».

Fue gracias a Brion Gysin que conocí a Burroughs. Como estaba viviendo en Tánger, quise viajar por África, al sur del Sahara. Había decidido escribir un libro sobre el descubrimiento del río Níger, *The Strong Brown God*. Muchos años más tarde, recibió el mayor cumplido que se le pueda hacer a un libro: fue plagiado y recibí una indemnización monetaria. En el otoño de 1972, viajé a Londres para revisar las actas de la Asociación Africana, responsable de haber enviado a los primeros exploradores en busca del Níger. Brion me sugirió que pasara a visitar a Burroughs, que residía en un piso en la calle Duke, no lejos de Trafalgar Square.

Así lo hice y, en cuanto que amigo de un amigo, hicimos buenas migas gracias a nuestros mutuos cuadros de referencia. Él quería saber qué tal estaba Brion y a mí me cautivó su personalidad de ilota, que disimulaba vistiendo con elegancia y siendo educado en grado sumo. También era, averigüé, completamente honrado en sus tratos con otras personas. Pagaba sus facturas, nunca extendió un cheque sin fondos y no se escaqueaba a la hora de abonar su parte de la cuenta en los restaurantes.

Había algo de Buster Keaton en su rostro circunspecto e inexpresivo, en su acento llano y nasal del Medio Oeste, en su humor negro. En uno de sus viajes a Londres, el funcionario de aduanas que revisó su pasaporte le preguntó: «¿Cuál es el propósito de su viaje a Inglaterra, señor Burroughs?». «Disfrutar de la comida y el buen tiempo», respondió él.

En su piso de la calle Duke, Burroughs se levantó de la silla para apoyarse en el alféizar de la ventana. «Esos pájaros», dijo señalando una bandada, «por la mañana vuelan en una dirección y por la tarde en la otra».

Estaba harto de Londres y echaba de menos Tánger, donde podía escribir y fumar hachís. Le conté que, debido en gran medida a su reputación, numerosos aspirantes a escritor habían desembarcado allí con la esperanza de que el costo diera alas a su prosa, sólo para descubrir que acababan escribiendo galimatías. Burroughs dijo que el kif y el majún agudizaban sus sinapsis y producían las extrañas imágenes que aparecían en su obra.

En Londres había dejado de drogarse, pero bebía como un cosaco. Lo llevé a cenar al Hungry Horse e invité también a una mujer por la que Burroughs sentía aprecio, Felicity Mason, que escribía con el seudónimo de Anne Cumming novelas basadas en sus conquistas sexuales. William pidió una botella de vodka Absolut y pareció disfrutarla, aunque su expresión no cambió en ningún momento y siguió expresándose con claridad. Luego me percaté de que estaba limpiando las gafas con

una miga de pan. Le pregunté a Felicity, que vivía en su barrio, si podía dejarle en la calle Duke. Más tarde telefoneó para decirme: «Estaba tan callado que, por un momento, pensé que se había muerto». Después, añadió: «Pero ha sido un cadáver muy cortés».

En Londres, William había acabado llevando una vida de semirreclusión. Carecía de instinto para la promoción y era incapaz de asimilar los mecanismos de la existencia cotidiana, como cerrar citas, renovar su carnet de conducir o descolgar el teléfono.

Todo eso cambió cuando volvió a Nueva York en 1974. Allen Ginsberg le había conseguido un empleo dando clase en el City College, tarea a la que se aplicó con esmero. Yo regresé a Nueva York procedente de Tánger prácticamente en la misma época y, en una de las clases a las que acudí como oyente, Burroughs describió, como ejemplo de lo que podía conseguirse con el lenguaje, una bestia con el radar de un murciélago, el don reptiliano de regenerar sus miembros y el oído de una ballena capaz de captar sonidos a kilómetros de distancia. No obstante, no consiguió que sus alumnos apartaran la mirada de sus tebeos. Tuvo más suerte cuando conoció a un joven admirador de Coffeyville, Kansas. James Grauerholz también era en parte un paria y de joven pasó una temporada ingresado en un hogar para niños emocionalmente perturbados. Sin embargo, era un paria sumamente eficiente. James se convirtió en el apoderado de William, diciéndole: «Podemos formar una asociación verdaderamente potente».

Grauerholz era un mediador incansable y organizó toda una serie de lecturas dramatizadas en universidades. Resultó que Burroughs era un intérprete nato, con su voz apocalíptica y grave y monólogos como el del «ojete parlante», con los que conseguía que su joven público se partiera de risa.

William calculaba que entre 1974 y 1981 dio unas ciento cincuenta lecturas. James pasó a ser una figura indispensable para él, convirtiendo a Burroughs en una verdadera celebridad, una estrella mediática, el Viejo Gran Maestro de la Contracultura. En el Búnker, el *loft* sin ventanas en el que vivía el escritor, Grauerholz organizó encuentros con estrellas de rock como Lou Reed y Frank Zappa. William no tenía el menor interés en su música —le gustaban Hoagy Carmichael y Johnny Mercer—, pero hizo buenas migas con Patti Smith y David Bowie, diciendo que «al menos eran guapos». Otro símbolo de su categoría vino dado por el número de bandas de rock que empezaron a ponerse nombres extraídos de su obra, como Soft Machine y Steely Dan. Muchos de sus jóvenes fans nunca habían leído sus libros, pero lo reconocían como una de las figuras en la carpeta del *Sergeant Pepper's Lonely Hearts Club Band* de los Beatles.

El Búnker se hallaba en un edificio del Bowery utilizado en otro tiempo como sede de la Asociación de Jóvenes Cristianos; el espacio de William estaba en lo que habían sido los vestuarios y todavía olía ligeramente a sudor. Los suelos y paredes estaban pintados de blanco, y la gran sala principal comunicaba con un cuarto de baño que aún conservaba una hilera de urinarios de porcelana dispuestos bajo unos estrechos ventanucos. Recuerdo que, durante una noche de colocón, alguien se refirió a William como un «guerrero impecable», según la definición de Carlos Castaneda para aquellos que han domado su ego y consideran la mayoría de las emociones un desperdicio de energías.

El problema con el Búnker era que todo el mundo se lo pasaba demasiado bien y William volvió a engancharse a la heroína. Para alejarle de la tentación y controlar los gastos, Grauerholz lo envió en 1981 a Lawrence, en Kansas, y le inscribió en un programa de metadona.

Para Burroughs, Lawrence supuso un regreso al hogar tras medio siglo de vagabundeo, una vuelta al Medio Oeste de su niñez, con sus graneros y sus escopetas, a una calle tranquila y flanqueada por árboles en la que compró una casa de listones blancos con porche, dos dormitorios y un patio trasero con media hectárea de terreno.

Allí le visité con regularidad, durante una época en la que me dedicaba a escribir biografías de hombres célebres: Churchill, FDR y Somerset Maugham. En 1985, William me pidió que escribiera la suya. Acepté, pues estaba seguro de que no querría un retrato expurgado. Sabía que hablaría con sinceridad sobre cuestiones que cualquier otro habría intentado ocultar. En cuanto que escritor que había denunciado a hipócritas y farsantes, era incapaz de ser ni una cosa ni la otra. Había leído mi trabajo y era consciente de que mis libros no eludían las partes menos favorecedoras de mis biografiados. Lo único que me pidió fue que no revelara que estaba tomando metadona, pues pensó que menoscabaría su reputación. Como yo no paraba de estornudar debido a un resfriado, me invitó a probarla prometiendo una cura segura, pero el resultado dejó mucho que desear.

En la elección de William intervino otro elemento aparte de la amistad. A pesar de ser un «guerrero impecable», Burroughs tenía una marcada conciencia de clase. Aunque se había mofado de la Academia e Instituto de las Artes y las Letras cuando fue declarado miembro en 1983, gracias a los esfuerzos de Allen Ginsberg, le enorgullecía pertenecer a tan augusta asamblea y codearse con escritores que le gustaban, como Kurt Vonnegut y Norman Mailer. Mucho tiempo después del juicio por obscenidad contra *El almuerzo desnudo*, fue invitado a un simposio sobre obscenidad y literatura en Washington, en el que también participó el Juez del Tribunal Supremo

John Paul Stevens. Según me contó Burroughs, se conocieron porque «fue él quien vino a mí. Yo no me acerqué a él», un comentario que demuestra la atención que prestaba William a las cuestiones de rango. Por la misma regla de tres, le impresionaba que yo hubiera escrito sobre otros hombres famosos y le satisfacía hallarse en su compañía, validado por asociación.

En los años cincuenta, Burroughs, Ginsberg y Kerouac fueron considerados los cabecillas del movimiento beat. Aunque sus estilos de escritura no tenían nada que ver entre sí, compartían una desconexión con los valores y virtudes de los Estados Unidos posteriores a la Segunda Guerra Mundial, expresada en su voluminosa correspondencia. Se veían a sí mismos como parias en una cultura hostil, rechazados y estafalarios, vates de un apocalipsis inminente. Cada uno de ellos escribió una obra revolucionaria de valor perdurable (*El almuerzo desnudo*, *Aullido* y *En el camino*) en la que expresaban sus respuestas ante los trastornos de la época. Como yonqui y como homosexual, Burroughs optó por el exilio, puesto que en su patria era un ciudadano despreciable, como un judío en la Alemania nazi, en palabras de Ginsberg.

Con el tiempo, Burroughs acabaría regresando para obtener un reconocimiento creciente en una Norteamérica cambiada, sin censura ni cazas de brujas. Las inflexibles barreras mentales se habían venido abajo, gracias en parte a la protesta unificada de los beat. Los forajidos literarios fueron adoptados por la cultura mayoritaria, que les proporcionó elogios y prosperidad. Puede que el sistema estadounidense fuese canceroso, pero existía en un estado de flujo constante que propiciaba la asimilación. Resulta difícil seguir escribiendo desde la náusea y la desesperación cuando una universidad ilustre desembolsa un millón de dólares para adquirir tus archivos.

En 1986, de vuelta en Lawrence, William me confesó: «No puedo seguir expresándome con la escritura». *Tierras del Occidente* se publicó en 1987. A continuación comenzó a experimentar con lo que él llamaba «pinturas descarga». Colocaba en vertical una plancha de contrachapado, colgaba varias bolsas llenas de pintura delante y les descerrajaba un escopetazo, provocando una explosión de color sobre la madera agujereada. Al igual que con los *cut-ups*, el fruto dependía en gran medida del azar, ya que resultaba imposible adivinar de antemano cuál sería el resultado.

En cualquier caso, a pesar de sus lamentos, William siguió escribiendo. En sus últimos años publicó *Interzona* (1989), compuesto en su mayoría por descartes de *El almuerzo desnudo*, y *El fantasma accidental* (1991), una reinterpretación de *Ciudades de la noche roja*. También inició un diario. Escribir, para él, no era una profesión, sino una necesidad. Su fachada inescrutable enmascaraba una sensación de desprecio y odio por sí mismo que sólo la escritura podía mitigar. No podía perdonarse lo que

les había hecho a su esposa y a su hijo, y estaba convencido de hallarse poseído por un espíritu malévolo. A menudo le oí decir: «Mi vida es un río de perfidia». Era como un flagelante que usa el látigo para librarse de un intruso maligno. Según le escribí a Ginsberg tras el lanzamiento de *Queer*, una antigua novela que se negó a publicar hasta 1985, «me veo obligado a aceptar la espantosa conclusión de que jamás me habría hecho escritor de no ser por la muerte de Joan y a asimilar hasta qué punto mi escritura ha quedado motivada y formulada por dicho acontecimiento. La muerte de Joan me puso en contacto con el invasor, el Espíritu Desagradable, y me sumió en una pugna de por vida que no me dejó otra elección salvo escribirme una salida». No sólo escribía, *se escribía una salida* para lo que consideraba el horror de su vida. Y, en su escritura, encontró lo que me describió como «un universo mágico de mi propia creación». Por extraño que pueda parecer, Burroughs era un moralista, y su necesidad de escribir es lo que le convierte en uno de los autores verdaderamente originales de las letras estadounidenses. No escribía para entretener, para instruir ni para embelesar. Escribía para seguir vivo.

I SAN LUIS

1914 – 1931

LA AVENIDA PERSHING DE SAN LUIS, una vía residencial flanqueada por olmos y casas de ladrillo de fachada discreta, le debe su actual nombre a la Primera Guerra Mundial, pues fue al poco de iniciarse las hostilidades cuando dejó de llamarse Berlin Avenue para ser rebautizada en honor del general al mando de las tropas estadounidenses que participaron en el conflicto europeo. En ella, uno puede diferenciar las estaciones según lo que vea en los jardines: en verano, el césped recién segado; en otoño, bolsas llenas de hojas secas amontonadas junto al camino de entrada. La avenida, en el centro mismo de la Norteamérica media, es un monumento al trabajo duro, las conductas convencionales, los valores de toda la vida, las opiniones compartidas y un estilo de vida sedentario y arraigado en la comunidad. Sus casas, ni ostentosas ni inmoderadas, revelan un grado satisfactorio de prosperidad.

La casa de tres alturas en el 4664 de la avenida Pershing tenía tejado de pizarra, un patio delantero de quince metros y un gran jardín trasero con un estanque para peces, separado del de los vecinos por altas vallas de madera cubiertas de dondiegos y rosas trepadoras. Las ventanas eran emplomadas, un fuego ardía en la chimenea cuando las noches refrescaban, el comedor y la sala de estar eran amplias y cómodas, y una colección de alegres dormitorios ocupaba las dos plantas superiores.

Fue en uno de aquellos dormitorios, el 5 de febrero de 1914, donde nació William Seward Burroughs II. Su herencia combinaba dos clásicos arquetipos estadounidenses: el inventor yanqui y el predicador sureño. El inventor era su abuelo paterno, William Seward Burroughs, nacido en 1857 en Rochester (Nueva York), conocida entonces como «la ciudad molino» debido a su industria harinera. El «Seward», en honor del clarividente secretario de estado de Lincoln que les compró Alaska a los rusos, fue una expresión de esperanza en que el muchacho acabaría siendo alguien.

El padre de William Seward, Edmund Burroughs, era mecánico y también inventor por derecho propio. Patentó un gato ferroviario y un cúter, pero nunca ganó dinero y de hecho a menudo estaba desempleado. En consecuencia, intentó que su hijo no siguiera sus pasos, alentándolo para que se buscara un trabajo estable de oficina. Cuando William se graduó del bachillerato a los dieciocho años, encontró empleo en el Cayuga County National Bank, en la cercana Auburn.

En aquella época, un empleado de banca se pasaba la jornada rellenando columnas de cifras en tinta negra y roja en libros mayores encuadernados en tela y realizando las cuentas a mano. Si los totales no coincidían estaba en un aprieto. Cada mañana llegaba a la oficina, se ponía los manguitos y una visera verde, se encaramaba en un taburete junto a los demás chupatintas y se pasaba ocho horas o más de inimaginable monotonía hasta que los números le nublaban la visión, hasta que los batallones de dólares y centavos le fundían y licuaban los sesos en un charco de tedio.

William Seward Burroughs estuvo siete años trabajando en aquel banco. Se casó a los veintiuno. Durante aquel periodo de plumillas rugosas, interminables hileras de números y ansiedad continua ante la posibilidad de cometer un error, pensó con sensatez que debía existir una manera mejor de desempeñar aquella labor. Y dicha manera era una máquina que sustituyese a todos los bancarios quemados de la nación. Nacida de sus siete años de frustración en las minas de sal de la contabilidad, la idea de una máquina capaz de sumar, totalizar y escupir el resultado en una tira de papel sin cometer un solo error pasó a ser una obsesión.

El trabajo le había echado a perder la salud. Tenía tuberculosis primaria y los médicos le recomendaron un clima más cálido. Su padre se había mudado a San Luis, así que William Seward decidió seguirle hasta allí. A partir de este momento, su vida se convierte en una parábola de espíritu empresarial en la tierra del capitalismo y las oportunidades, donde cualquier cosa era posible; donde un joven pobre, trabajador e ingenioso podía hacer fortuna y fundar una gran empresa en apenas una década.

En una época caracterizada por su inventiva, abundaban los ejemplos: la máquina de escribir en 1868, el teléfono en 1876, la caja registradora en 1879, la pluma estilográfica en 1884 y la cámara Kodak en 1888. Era fácil: sólo hacía falta un golpe de genio para crear algo que jamás se le hubiera ocurrido a nadie, dinero en abundancia para desarrollar el invento, una seguridad en ti mismo rayana en la megalomanía y un sello de la oficina de patentes.

Por supuesto, los artilugios para hacer cuentas existían desde la invención del ábaco, pero nadie había desarrollado una máquina capaz de sumar una columna de cifras e imprimir la operación sobre papel al mismo tiempo, mediante un solo golpe de manivela. Burroughs le añadió más tarde a su aparato un amplio carro que

le permitiría imprimir un diario completo de la contabilidad, dando origen al, para nosotros, ya familiar rollo de caja registradora.

En 1882, con veinticinco años de edad, William Seward Burroughs llegó a San Luis, una ciudad en la que abundaban las fundiciones y los fabricantes de herramientas, aún marcada por la predominancia de ciudadanos de ascendencia germana. Al poco de llegar, tuvo la buena fortuna de conocer a un espíritu afín, un joven canadiense llamado Joseph Boyer, inventor como él, que también había emigrado a San Luis en busca de una oportunidad. Boyer tenía un pequeño taller en el 244 de la calle Dickson, donde fabricaba principalmente moldes de bombonas para lecherías y cervecerías, había patentado un martillo neumático y estaba trabajando en un artilugio para registrar la velocidad de los trenes.

Burroughs le alquiló un espacio en su taller, más el derecho a usar parte de su equipo y un ayudante. Boyer llevaba tiempo suficiente tratando con inventores como para saber que la mayoría de ellos eran soñadores grandilocuentes que jamás llevarían a buen puerto sus planes, por lo que recibió con sanas dosis de escepticismo la promesa de Burroughs de que «un día habrá una de mis máquinas en cada sucursal de banco del país. Eso son más de ocho mil máquinas».

No obstante, Boyer debía reconocer que Burroughs abordaba su tarea con el fervor de un fanático religioso. Lo dejaba dibujando diagramas en su banco de trabajo cuando se iba del taller por la noche y allí mismo se lo volvía encontrar cuando regresaba a la mañana siguiente. Cuando la humedad de San Luis comenzó a combar su papel de dibujo, Burroughs se pasó a las planchas de cobre pulido, sobre las que dibujaba con la ayuda de una lupa.

Encontró un par de inversores que aportaron setecientos dólares a cambio de catorce acciones de una empresa todavía inexistente. Esto impresionó a Boyer, el cual decidió invertir también parte de su propio dinero. De lo que no cabía duda era de que Burroughs tenía mano. En una ocasión, Boyer le vio diseñar en un par de horas un gallinero plegable que apenas ocupaba espacio cuando no estaba en uso.

Burroughs llamó Aritmómetro a su máquina y en 1886 presentó las escrituras de la American Arithmometer Company, empresa registrada en Missouri con un capital inicial de cien mil dólares divididos en mil acciones a repartir entre Burroughs y tres inversores. La compañía se fundó como expresión de fe, pues Burroughs aún no había obtenido la patente ni producido una sola máquina. Mientras tanto, su familia comenzó a crecer con la llegada de Mortimer, en 1885, y Horace, nacido un año más tarde, a los cuales seguirían dos hijas, Jenny y Helen.

Dos años más tarde, en cualquier caso, llegó el gran día: Burroughs obtuvo la primera patente para una máquina capaz de sumar y registrar operada mediante

un teclado. Los accionistas votaron a favor de incrementar el capital de la empresa a doscientos mil dólares. Para entonces, entre los círculos de inversores de San Luis, la calculadora del «mecánico loco» había pasado a ser en cierto modo objeto de burla. El habitual «le sale el dinero por las orejas» quedó sustituido por «tiene tanto dinero que invierte en máquinas calculadoras».

Presionado por sus socios, Burroughs produjo cincuenta máquinas en 1889. Sólo hubo un problema: no funcionaban. Dependiendo de la fuerza con la que uno tirase de la palanca generaban sumas distintas. Para que la máquina funcionase debidamente hacía falta tener un toque delicado. Los compradores respondieron con un aluvión de quejas y no quedó más remedio que retirar aquel primer modelo. Los bancos perdieron el interés y los accionistas, el ánimo. La empresa parecía abocada al fracaso.

Burroughs detestaba el fracaso, que a su manera puritana y darwinista equiparaba con la maldad. Si fracasabas ERA CULPA TUYA, probablemente debido a alguna tara moral. Un día, en un ataque de resentimiento alcoholizado, se dirigió sigilosamente al taller, donde permanecían almacenadas las cincuenta máquinas retiradas del mercado. Se sentó allí un largo rato a contemplarlas: la imagen de su fracaso, de sus esperanzas infundadas, de su ingenio y su habilidad puestas en entredicho. El coro de quejas aún resonaba en sus oídos: «He intentado sumar cuatro cifras y su armatoste me da una hilera de ceros». Se levantó bruscamente, agarró una de las máquinas y la lanzó por la ventana... seguida de una segunda, una tercera... Su artilugio era malévolo y debía ser destruido. Después llamó a Boyer y, señalando la pila de metal retorcido sobre el pavimento, dijo: «Listo, problema resuelto».

EL ÁNIMO FUE SU ÚNICO CAPITAL, indicaría años más tarde el subtítulo de su obituario. En cuestión de días, la persistencia tuvo su recompensa cuando a Burroughs se le encendió la bombilla y experimentó el clásico momento «¡Eureka!». La solución al problema era acabar con las variaciones producidas por la fuerza con la que se tiraba de la palanca mediante un amortiguador viscoso: un cilindro de acero de unos cinco centímetros de diámetro y doce de longitud lleno de aceite, más un pistón con dos pequeños agujeros para regular el flujo del líquido. Esto aportaba un movimiento uniforme al mecanismo de la palanca, al margen de la fuerza con la que uno tirase del manubrio. El amortiguador, idéntico al que solía utilizarse para evitar que las puertas pesadas se cerrasen de golpe, acabó con las variaciones.

Las nuevas máquinas salieron de fábrica en 1891 y funcionaban perfectamente. De hecho, eran la respuesta a los sueños de cualquier contable. Los bancos se apresuraron a adquirirlas a 425 \$ la unidad. Por fin habían alcanzado la dignidad de un producto comercializable. Tal como se encargaba de recalcar Burroughs en sus

demostraciones: «Permítanme decir que en el mundo mecánico no hay término medio. Un aparato de esta naturaleza o funciona perfectamente o es un perfecto fracaso».

La máquina sumadora de Burroughs salió al mercado en un momento plenamente marcado por el optimismo empresarial nacido de un espíritu finisecular y animoso. «¿Cuánto durará una Burroughs? Sinceramente, no lo sabemos. Todavía no hemos encontrado un solo modelo que se desgaste». «Los cliente satisfechos afirman: “Una Burroughs se rentabiliza sola múltiples veces”».

Vendedores imbuidos por una fe absoluta en que su producto era un don humanitario recorrieron la nación a la caza del P.C. o Posible Comprador. William H. Mason viajó casi dos mil kilómetros, cientos de ellos sentado junto al conductor de una diligencia, para venderle una sola máquina a un banco de Sonora (Texas), a cambio de una comisión de diez dólares. Otro vendedor resumió, a su manera, la ética del libre mercado capitalista:

*Cada vez que un nuevo P.C. encuentro,
Añado a mi bolsillo dividendos [...]
Y con la conciencia tranquila aseguro
Que vendo la mejor máquina del mundo.
Le demostraré, con tesón y orgullo,
Por qué soy un hombre de Burroughs.*

Burroughs continuó perfeccionando su invento, añadiendo la posibilidad de imprimir duplicados y un mecanismo de cinta reversible que posteriormente pasaría a ser habitual en las máquinas de escribir. Surgieron modelos rivales, como el Comtograph, pero rápidamente quedaron fuera de juego.

A medida que su fortuna fue mejorando, su tuberculosis fue empeorando. Durante años había trabajado hasta la extenuación a pesar de su enfermedad, bebiendo en exceso para estimularse. Obsesivo y pertinaz, quedaba en manos de su esposa recordarle que debía comer y cambiarse de ropa. En ocasiones, Helen decía que tenía cinco hijos: dos niños, dos niñas y un marido. Tampoco era que Burroughs fuese un hombre particularmente familiar. Tenía esa actitud de «no dejéis que los niños se acerquen a mí cuando estoy trabajando».

Los Burroughs se mudaron en 1896 a Citronelle, una población de Alabama situada cerca del Golfo de México, a cien metros de altura sobre el nivel del mar, rodeada de un gran pinar y muy recomendada para los tuberculosos. Tras el fallecimiento de Helen, Burroughs se casó con su enfermera, la señorita White, que le ayudó a criar

a sus hijos. Eran buenos chicos, Horace y Mortimer, Jenny y Helen. Mortimer era particularmente sociable, si bien algo torpe. Un día se estaba comiendo una barra de caramelo en el salón cuando vio acercarse a su padre e intentó esconderla debajo del sofá. Burroughs, que sentía rechazo ante cualquier cosa pegajosa al tacto, metió la mano y se pringó los dedos con chocolate, lo cual le enfureció de tal manera que le propinó una azotaina al muchacho.

En Citronelle, Burroughs trabajaba cuatro horas al día en sus experimentos y dedicaba el resto de la jornada a pasear por el bosque. Recuperó el apetito y pensó que estaba mejorando. En 1897 dimitió de la empresa, pues consideraba que se hallaba demasiado apartado de la misma como para seguir el día a día de las operaciones. Continuó trasteando y diseñó para un vecino que vendía haces de leña un artilugio que ataba automáticamente los troncos. En realidad, sin embargo, su situación siguió agravándose y falleció el 14 de septiembre de 1898 a los cuarenta y un años. A esa misma edad, su nieto y tocayo apenas si acababa de comenzar su carrera literaria, tras haber publicado su primera novela con treinta y nueve años.

Burroughs fue enterrado en San Luis y en la iglesia presbiteriana de Citronelle se instaló un vitral dedicado a su memoria, con la inscripción: «Tal como el ciervo anhela las corrientes de las aguas, así te anhela mi alma, oh Dios».

Poco después de su fallecimiento, el sueño de Burroughs de vender 8.000 máquinas se hizo realidad. De hecho, se vendieron tantas que, en 1904, Boyer trasladó toda la empresa y sus 465 empleados a bordo del Clover Leaf Limited hasta una nueva y espaciosa fábrica en Detroit. Al fin y al cabo, nunca le habían gustado los bochornosos veranos de San Luis. Un año más tarde, convertido en presidente de la American Arithmometer Company, Boyer le cambió el nombre a la empresa, que pasó a ser la Burroughs Adding Machine Company. Ese mismo año se vendieron 7.800 unidades, tantas como Burroughs había predicho que podría absorber el mercado estadounidense.

Burroughs fue el padre de la máquina sumadora, pero Joe Boyer fue el padre de la compañía Burroughs. La dirigió desde el momento en que el inventor presentó su renuncia y siguió siendo su presidente durante diecinueve años. Vivió exactamente el doble que Burroughs, hasta los ochenta y dos, y vio el valor de la empresa incrementarse desde los cinco millones de dólares en 1905 hasta los cuatrocientos treinta millones en 1920. También se benefició muchísimo más que la familia de Burroughs, pues éste mostraba la misma indiferencia ante el dinero que ante la comida y la vestimenta. Cuando se mudó a Citronelle vendió gran parte de sus acciones y dejó el resto en un fideicomiso para sus hijos con la Mississippi Valley Trust Company de San Luis. Cuando falleció, sus herederos recibieron un total de 485 acciones; Boyer tenía

16.380. Con el paso de los años se produjeron varios desdoblamientos de acciones que incrementaron el valor de las mismas, pero las de la familia Burroughs siguieron suponiendo apenas una fracción de las manejadas por Boyer. Aunque la empresa había sido fundada por Burroughs y llevaba su nombre, «los millones de Burroughs» eran un mito. Sus energías siempre estuvieron dedicadas a la invención de la máquina; las de sus socios, a acumular capital. Otros empresarios de la época, como los Ford y los Rockefeller, amasaron grandes fortunas y fundaron dinastías. Burroughs fue una estrella fugaz que apenas si les dejó a sus hijos poco más que un efímero esplendor.

En contraste y como complemento de la cepa de ingenio yanqui legado por uno de sus abuelos, William Seward Burroughs II recibió por parte de su familia materna el fuego y el azufre bíblicos de la clerecía sureña. Su otro abuelo, James Wideman Lee, nacido en 1849 en Rockbridge (Georgia), fue un predicador metodista, itinerante y moralizante, que llevó los evangelios a las comunidades más rurales de Georgia. Lee es, claro está, uno de los apellidos más comunes en el Sur, y abundan los que presumen de un improbable parentesco con Robert E. Lee, pero esta rama en concreto no se daba ínfulas y rastreaba sus orígenes hasta una familia de aparceros desposeídos del siglo XVIII, apenas un peldaño por encima de simples braceros. En 1875, cuando tenía veintiséis años, James Wideman Lee se casó con Eufala Ledbetter, de trece. Dos años más tarde ésta dio a luz al primero de doce hijos, de los cuales sólo seis alcanzaron la edad adulta, entre ellos Laura Lee, la madre de William S. Burroughs II, y Ivy Lee, su tío.

Fue a través del primogénito, Ivy Ledbetter Lee, que el mensaje pastoral de James («Si quieres ganar el juego de la vida y honrar al Dios que te creó, trabaja duramente y ahorra») encontró aplicación en el mundo empresarial, pues éste usó la facilidad de palabra heredada de su padre para hacer realidad su ambición de triunfar en los negocios. Si William Seward Burroughs lo consiguió a través de un invento, Ivy Ledbetter Lee se sirvió del lenguaje. Uno fue el «padre» de la Máquina de Sumar y el otro el «padre» de las Relaciones Públicas. Ivy Lee hizo mucho por limpiar la imagen de los magnates mangantes y mintió tan a menudo en su nombre que acabó siendo conocido como «Poison Ivy» (Hiedra Venenosa).

Se graduó por Princeton en 1898, y la posibilidad de que la modestia no fuese su rasgo más destacado puede inferirse a partir de esta descripción aparecida en el *Nassau Herald*: «Bajo el brazo llevaba un libro titulado *Grandes hombres que me han conocido* [...] y tarareaba en voz baja una tonadilla compuesta por él mismo, titulada “Only Me, Ivy Lee”».

Al cabo de unos pocos años trabajando en periódicos neoyorquinos, encontró su vocación como agente de prensa para grandes empresarios. En una época en que las

corporaciones eran tachadas de avariciosas, arrogantes e indiferentes al bienestar de los ciudadanos, Ivy Lee abogó por sustituir el tradicional «¡Al carajo la opinión pública!» por «Hay que informar al público». Era mejor contar la verdad, aunque fuese desfavorable, que permitir que tus enemigos te atacaran por haberla ocultado. Si descarrilaba un tren del Ferrocarril de Pensilvania, uno de sus clientes, Ivy Lee difundía los hechos del accidente, aunque hubiera sido responsabilidad de la compañía. Si el Ferrocarril quería presionar al Congreso para que le permitiese incrementar las tarifas, antes era conveniente que instituyera clubes sociales para sus trabajadores, becas para sus hijos y un plan de pensiones, de modo que su argumentación quedara revestida de mayor peso. Uno presentaba una imagen de transparencia y servicio público, cuando en realidad seguía ocultando todo tipo de tejemanejes.

Allá por 1913, al mismo tiempo que el nombre de Ivy Lee comenzaba a cobrar pujanza, el apellido Rockefeller se arrastraba por el fango. Nueve mil mineros se habían declarado en huelga en unas minas de carbón de su propiedad. Los obreros vivían en casas de la empresa, compraban en colmados de la empresa y votaban por candidatos de la empresa. Organizados por el sindicato United Mine Workers, los huelguistas, expulsados de sus viviendas, crearon un campamento. El 17 de octubre, agentes de seguridad de la empresa dispararon con una ametralladora contra las tiendas de campaña, provocando la intervención de la Guardia Nacional de Colorado. En abril de 1914 se produjo otra refriega, conocida como la Masacre de Ludlow, en la que resultaron muertos dos mujeres y once niños. El presidente Wilson envió tropas federales. Los Rockefeller fueron calificados de asesinos en periódicos de toda la nación.

En mayo de 1914, Ivy Lee fue invitado al despacho de John D. Rockefeller Jr., el cual le dijo: «Siento que mi padre y yo hemos sido incomprendidos por la prensa y los ciudadanos de este país. Quisiera saber qué nos aconsejaría usted con vistas a aclarar nuestra posición».

El Príncipe del siglo XX requería la ayuda del nuevo Maquiavelo. Ivy Lee recomendó que la empresa presentase un informe de la huelga, plausible pero que pintara los hechos bajo un prisma más aceptable para la opinión pública. Sugirió acabar con aquel aislamiento en una torre de marfil; el contacto personal entre patrón y empleados siempre daba buena imagen. John D. Rockefeller Jr. viajó a Colorado para visitar las minas. Charló con los trabajadores, escuchó sus quejas y bailó con sus mujeres en un club social. La visita fue más efectiva que doce discursos y la huelga terminó en diciembre. No obstante, más tarde se supo que los informes remitidos a la prensa por Ivy Lee estaban basados en datos manipulados por la dirección de las minas. Ni siquiera se había molestado en comprobarlos. Lo que

vendía Ivy Lee no era la verdad, sino el juego del trile. Y ¿dónde estaba la bolita? Debajo del sombrero de Ivy Lee.

Los Rockefeller apreciaron sus servicios y en 1915 renunció a su cartera de clientes para trabajar en exclusiva con ellos. Su siguiente encargo fue transformar a John D. Rockefeller Sr., que siempre había rehuido a la prensa, de monstruo a humanoide, haciendo pasar al viejo por el aro de sus tácticas promocionales, como obsequiar con monedas relucientes a los repartidores de periódicos, cortar en público una tarta con motivo de su noventa cumpleaños o jugar al golf con periodistas, ladino, ajado y en bombachos. Después de tantos años encasillado como villano, la prensa se rindió a los pies del viejo John D. Titulares como ROCKEFELLER: HOMBRE O DEMONIO fueron sustituidos por ROCKEFELLER DONA OTRO MILLÓN PARA LOS DESEMPLEADOS, pues la filantropía era la piedra angular de la buena imagen. Ivy Lee, que se autodefinía como «regularizador de relaciones», se negó a aceptar el mérito por este cambio. «Yo sólo he levantado la cortina para que la gente pueda verle tal como es», decía.

Al igual que el «hombre de Burroughs», que incrementaba su fortuna con cada nuevo P.C., Ivy Lee se labró un buen porvenir. Tenía una vivienda unifamiliar en el nº 4 de la calle Sesenta y seis Este de Nueva York, una lista de clubes más larga que el brazo y amigos bien situados. Aparecía en el Registro Social y su hija Alice fue recibida formalmente en el Palacio de St. James. Una canción de la época incluía el verso: «Incluso Rumanía se ha contagiado de la *Ivyleemanía*, el dinero no para de llegar». Con su metro ochenta de altura y su rostro redondo y carnoso, exudaba satisfacción y bienandanza; su sonrisilla era la de un hombre que sabe más de lo que revela.

Sin embargo, tras haber alcanzado prestigio y renombre entre la comunidad empresarial estadounidense, Ivy Lee se autodestruyó debido a la fe ciega en sus procedimientos. Creía sinceramente que cualquier problema era «un problema de imagen» que podía llegar a solucionarse mediante las relaciones públicas. Si había sido capaz de venderle los Rockefeller al público norteamericano, ¿por qué no iba a hacer lo mismo con Hitler?

Cuando los nazis llegaron al poder en 1933, recibió un depósito de 33.000 \$ anuales del conglomerado I. G. Farben a cambio de fomentar en Estados Unidos la popularidad del nuevo Gobierno alemán y de sus líderes. Aquel mismo año visitó Alemania, donde conoció a Hitler y Goebbels, y regresó colmado de admiración. Aquellos eran los hombres que iban a devolverles la confianza a los alemanes, afirmó. Y ¿acaso no era esencial para Europa contar con una Alemania renovada y segura de sí misma?

Ivy Lee entendía las relaciones internacionales y el auge de las ideologías fascistas como cuestiones a manejar igual que si de estrategias empresariales se tratase. Su

consejo para los gerifaltes nazis fue en esencia el mismo que para los Rockefeller: tranquilizar a la opinión pública para que no te considerase un monstruo. El ministro de Asuntos Exteriores, Von Ribbentrop, debería decir que Alemania no quería el rearme. El vicescanciller Von Papen debería decir que Alemania no ambicionaba la Cuenca del Sarre. Hitler debería decir que sus secciones de asalto se habían organizado con el único propósito de prevenir el comunismo. Cuando William E. Dodd, el embajador de Estados Unidos en Alemania, recibió a Ivy Lee durante su segundo viaje a Berlín en enero de 1934, anotó en su diario la impresión que le había suscitado: «Demuestra ser al mismo tiempo un capitalista y un partidario del fascismo».

Ivy Lee tardó demasiado en darse cuenta de que el Tercer Reich no era un análogo de la Standard Oil. Uno podía poner a Hitler a repartir monedas entre los chiquillos hasta que el Rin se congelase, que los nazis seguirían sin parecer simpáticos. Ahora era él quien se había creado un problema de imagen, pues pasó a ser visto como el agente de prensa de Hitler. Su reputación se hundió de manera irreversible. En el Senado, Robert LaFollette calificó su trabajo como «un monumento a la vergüenza». El Comité de Actividades Antiestadounidenses le pidió que testificara en mayo de 1934 en el Congreso, donde reconoció que estaba recibiendo dinero a cambio de presentar a Hitler bajo una luz favorable.

El escándalo le minó la salud y aquel octubre falleció a causa de una hemorragia cerebral a los cincuenta y siete años de edad. Su sobrino Billy Burroughs, que en aquel momento tenía veinte, le visitó en Nueva York poco antes de su muerte. «La última vez que lo vi», recordaba, «me contó que Hitler le había dicho: “No tengo nada en contra de los judíos. Es todo una exageración”». Acababa de comprarse un coche, pero el vehículo tenía algún tipo de defecto. «Jamás se me ocurrió que pudiera estropearse de un día para otro», dijo Ivy Lee, un comentario que Billy interpretó como una referencia inconsciente a su propia situación. Había demostrado el poder de las relaciones públicas, pero también sus limitaciones. Había ayudado a Rockefeller y a otros magnates a obtener la aceptación del público, pero en el proceso acabó creyendo a pies juntillas que dicha aceptación dependía de la imagen y no de la substancia. Según lo expresó Robert Benchley: «El señor Lee [...] ha invertido sus energías en demostrar, mediante panfletos insidiosos y epístolas amables, que nuestro actual sistema capitalista es en realidad una rama de la Iglesia de los Amigos dedicada a prolongar la obra iniciada por san Francisco de Asís».

A través de su abuelo inventor y de su abuelo predicador por mediación de su tío Ivy, William Seward Burroughs II recibió dos ejemplos de capitalismo descontrolado en su forma más pura. El inventor fabricó un artilugio que podía definirse como un avance, en el sentido de que su máquina se encargaba de realizar el más aburrido de

los trabajos contables, y se hizo rico con ella. El agente de prensa tomó prestados el estilo y la grandilocuencia del predicador para difundir su mensaje: lo que era bueno para los Rockefeller era bueno para el país.

Estos ejemplos ejercieron su influencia sobre la vocación literaria de Burroughs. Era como el hijo de un desfalcador que promete acabar devolviendo hasta el último centavo. Se sentía como si tuviera una misión. Su tío había denigrado el lenguaje, abusando del mismo para inducir y embaucar. Con su escritura, él restauraría la integridad del mismo. Servirse del lenguaje con honestidad o denunciar los distintos modos en los que el lenguaje es utilizado con fines deshonestos era una tarea sagrada que no debía acometerse a la ligera, lo cual contribuye a explicar por qué Burroughs tardó tanto en empezar. Supo desde muy temprana edad que era escritor, pero no comenzó a trabajar en su primera novela hasta los treinta y muchos años, como paralizado por la magnitud de la tarea.

Al mismo tiempo, su abuelo inventor había perdido lo que en buena ley debería haber sido suyo, la empresa que llevaba su nombre, dejando a su nieto en una posición equiparable a la de un heredero repudiado. Era como «El Desdichado» en el soneto homónimo de Gérard de Nerval, citado por otro autor de San Luis, T. S. Eliot, en *La tierra baldía*. «*Le prince d'Aquitaine à la tour abolie*»; el príncipe cuya torre ha sido proscrita. Derrocado, desheredado. El Burroughs escritor debía recuperar el apellido del que se había apropiado la compañía y reivindicar al inventor que, con la ayuda de sus hijos, había perdido para la familia su derecho de nacimiento.

Y es que, tras el fallecimiento del progenitor, sus hijos aún adolescentes heredaron las acciones, pero se dejaron engatusar por los ejecutores del fideicomiso que, en colusión con la empresa, les convencieron para venderlas. «¡Ejem! Debo decirles por su propio bien que conservar estas acciones es básicamente un disparate», se imaginaba Burroughs la escena, añadiendo: «Mi padre se dejaba convencer de cualquier cosa». Se desprendieron de ellas a cambio de 100.000 \$ por cabeza, lo que hoy en día equivaldría aproximadamente a un millón de dólares. Una bonita suma, pero nada en comparación con su valor actual, de haberlas conservado. Sólo Mortimer, el padre de Burroughs, conservó una cantidad reducida de acciones, que vendió en 1929, tres meses antes del hundimiento de la bolsa. Burroughs, que contaba entonces quince años, recordaba el momento en que su padre llegó a casa con un talón por valor de 276.000 \$, «la cifra más elevada que jamás apareció en su extracto bancario. Pero nuestro miserable cuarto de millón jamás nos brindó la aceptación de las familias verdaderamente adineradas, las de diez, veinte, cincuenta millones en el banco. Ninguna quería relacionarse con aquellos andrajosos de los Burroughs». De haberlas conservado, William estimaba que las pocas acciones de la

empresa que había vendido su padre habrían alcanzado un valor de veinte millones de dólares en los años ochenta. «Veinte millones de motivos para no escribir», añadía, pues estaba convencido de que la prosperidad adormece el impulso creativo. Por eso, su exclusión de la fortuna familiar fue una bendición encubierta que le permitió perseguir el objetivo de labrarse un nombre como escritor.

Fue después de que James Wideman Lee se mudara a San Luis para hacerse cargo de una acomodada parroquia metodista —pues el metodismo seguía siendo en aquella época una religión para banqueros— cuando Laura Lee conoció a Mortimer Burroughs. James Wideman Lee era un anciano y distinguido caballero, de gran bigote blanco, que se dirigía por su nombre a todos los parroquianos y escribió un libro titulado *La geografía del genio*, en el que explicaba cómo ganar el juego de la vida. Su esposa, Eufala, era muy activa en la Unión de Mujeres por la Templanza y con frecuencia afirmaba que preferiría que sus hijos regresaran a casa muertos antes que borrachos. Después del fallecimiento de su esposo a causa de complicaciones derivadas de una rotura de cadera, se aficionó a viajar y en una ocasión se trajo a casa varios chalets de la India, llegando a vivir hasta los ochenta y nueve años.

Laura Lee era una belleza de espesa cabellera castaña, con el rostro perfectamente ovalado, la frente alta de los Lee, labios bonitos, piel hermosa y una esbelta silueta en forma de reloj de arena. Mortimer Burroughs era atractivo a su pulcra manera de lechuguino. Tenía buena cabeza, estudió en el MIT y era el miembro más sensato de su familia. Mientras Mortimer invertía su dinero, Horace derrochó el suyo para causar sensación, comprándose una berlina. A consecuencia de una enfermedad, se enganchó a la morfina, dilapidando rápidamente su herencia hasta suicidarse en 1915, a los veintinueve años de edad, cortándose las venas con el vidrio de una ventana rota en una pensión de Detroit. Su hermana Jenny era dipsómana y Mortimer recibía ocasionalmente llamadas del sargento de guardia en la comisaría local, solicitándole que fuera a buscarla o, de otro modo, tendrían que encerrarla. Finalmente, exasperado, Mortimer le compró un billete sólo de ida en tren a Seattle y nada más se supo de ella. En cuanto a su otra hermana, Helen, se casó con un tal Mercer con el que se marchó a vivir a Colorado Springs.

Laura y Mortimer contrajeron matrimonio en 1910, cuando ella tenía veintidós años y él, veinticinco. Se mudaron a Detroit, donde Mortimer trabajó brevemente como vendedor de la Burroughs Company y donde al año siguiente nació su primer hijo, Mortimer Jr. (para diferenciarlos, llamaban Mote al padre y Mort al chiquillo). Poco después, regresaron a San Luis y se instalaron en la casa de la avenida Berlín / Pershing. Con los beneficios de la venta de sus acciones de la Burroughs, Mote montó una cristalería. Laura y él aparecían en el Registro Social, pero no eran socios

del Club de Campo, una distinción importante en la estratificada sociedad de San Luis. Sus amigos, como el abogado Eugene Angert y O. K. Bovart, editor del *St. Louis Post-Dispatch*, pertenecían a la alta burguesía. El vecino de la casa contigua era Rives Skinker Matthews, próspero propietario de una cadena de ferreterías que siempre usaba corbata negra y cuello almidonado y conducía hasta su oficina en una limusina Packard. El bulevar Skinker, que trazaba los límites de la ciudad cuando la ciudad aún tenía límites, había sido nombrado en honor de su abuelo.

Por lo que parece fue un matrimonio feliz. Billy Burroughs jamás oyó a sus padres discutir ni alzarse la voz airadamente, y se mantuvieron fieles el uno al otro. Su padre era un hombre decente, proclive a pequeños actos de generosidad. Cuando uno de los compañeros de clase de Billy rompió de un pelotazo el cristal de un retrato que colgaba en la pared del auditorio del colegio, Mortimer Burroughs lo reparó sin cobrar a cambio. No obstante, Mortimer tenía una vena distante que su hijo nunca consiguió salvar. ¿Cómo era *realmente*? Billy jamás llegó a averiguarlo. Que él recordara, mantuvieron muy pocas conversaciones padre-hijo. Una vez, Mortimer, que era ateo, le dijo: «Sé lo que ocurre cuando mueres. Érase una vez un perrito al que todos llamaban Rufo; un día estiró la patita y del perro quedó sólo el tufo». «Bueno, papá, ¿y qué pasa con la reencarnación y todo eso?», preguntó Billy. «Si no recuerdas nada, ¿qué más da?», respondió su padre. «A lo mejor sí que recuerdas algo», dijo Billy. «Oh, qué sabrás tú», replicó Mortimer irritado. «Bueno, a lo mejor sí que sé algo, papá», dijo Billy.

Mientras vivió su abuelo predicador, Billy y Mort tuvieron que ir a catequesis, pero dejaron de ir en cuanto falleció. Un día, Mort recibió unos azotes por haberse peleado en domingo, algo que a Billy le pareció una gran hipocresía por parte de su padre.

Su madre tampoco era religiosa, pero sí vidente. Tenía presentimientos sobre las personas, como un animal. Por ejemplo, si Mortimer pensaba cerrar un trato con alguien, ella le advertía: «No, no, es un granuja, lo percibo». Y acertaba. Una noche que Mort tardaba en llegar a casa, soñó que se presentaba ante ella con la cara manchada de sangre y le decía: «Madre, he tenido un accidente». Resultó que aquella noche el hermano de Billy se había visto envuelto en un accidente de tráfico y se había manchado la cara de sangre, aunque sus heridas fueron menores.

Billy consideraba que su madre vivía coartada por su educación en el Cinturón Bíblico, que le había impuesto, entre otras cosas, la aversión por las funciones corporales. Padecía dolores de cabeza y espalda, y constantemente desprendía un halo de profunda tristeza, como si esperase que el fin pudiera llegar de un momento a otro, sin avisar. También le parecía que su madre jamás fue verdaderamente aceptada por

la sociedad de San Luis. Las señoras acomodadas siempre le decían: «A ver si nos vemos», pero las invitaciones rara vez llegaban.

A otros, Laura les parecía fría y distante. «No me besó en la mejilla ni una sola vez en toda su vida», contaba su nuera Miggy, que se casó con Mort. «Le costaba pillarle aprecio a la gente. Además, aunque no fuera consciente de ello, tenía una completa falta de tacto. Entraba en una casa y decía: “Es la habitación más fea que he visto en mi vida”». A veces su comportamiento rayaba en lo cruel. «Un día me pidió que la acompañara a Stix, Baer & Fuller para comprar camisones», recordaba Miggy. «Yo pensaba que me iba a regalar uno, pero no, no se trataba de eso. Lo que quería era dejar patente que mi familia no tenía posibles y que yo no me podía permitir comprar allí».

«Su principal característica era la vanidad», añadía Miggy. «Cuando le informaron de que sus hijos debían ponerse gafas, dijo: “Olvidaos de las gafas, pedid que os sienten en la primera fila”. Pero tenía sentido del humor, era inteligente y capaz de dominar cualquier cosa en la que se aplicase, aunque le faltaba sentido práctico. Era de esas mujeres que saben prepararte una salsa francesa, pero no saben asar una patata».

Su especialidad eran los arreglos florales y su reputación alcanzó tal punto que la empresa Coca-Cola le encargó la redacción de tres libros sobre el tema, junto con diversos consejos sobre maneras interesantes de servir los refrescos. Laura aparece en la cubierta del primer volumen, sentada en un sofá con un vestido blanco de seda y una gargantilla de perlas, rodeada de flores, con una botella de Coca-Cola en su regazo.

Aunque Billy se crió en una familia en que las muestras de afecto se consideraban causa de bochorno, su madre era incapaz de ocultar el favoritismo que sentía por él. En palabras de Miggy: «Laura estaba entusiasmada con Billy y no quería a Mort. Siempre estaba hablando de él. “Porque Billy esto, Billy lo de más allá. Billy es la persona más graciosa que he conocido nunca”». Cuando se hizo un poco mayor, su madre le dijo: «Beso el suelo que pisas».

De niño, Billy compartió dormitorio con su hermano, pero eran demasiado diferentes como para que pudiera establecerse una relación íntima entre ambos. Uno de los primeros recuerdos de Billy era el de tener en la mano un bolo y preguntarle a su hermano: «¿Quieres jugar conmigo, Mort?», y arrojárselo a la cabeza en el instante en que éste contestó que no. Alertado por los lloros, Mortimer abrió la puerta y Billy recibió una azotaina.

Mort había salido a su padre, era recio y saludable, mientras que Billy era esmirriado y larguirucho, como su madre, y no tenía color en las mejillas. Mort acabó siendo el buen hijo y Billy, el hijo pródigo. Mort estudió Arquitectura en Princeton y

Harvard, pero se graduó en plena Depresión, cuando no había demasiada demanda de arquitectos, por lo que durante una temporada trabajó para su padre, que había vendido la cristalería para hacerse paisajista. Después, cuando estalló la guerra, encontró empleo como delineante en Emerson Electric, que fue posteriormente absorbida por General Electric, y allí siguió trabajando hasta que se jubiló. Durante toda su vida residió en San Luis, en otra avenida Pershing, la de University City, y se comportó como un hijo leal y dedicado. Es posible que, viendo que la plaza de buen hijo estaba ocupada, Billy se sintiera libre para trazar su propio destino, siguiendo distintos estilos de vida en distintos lugares, ausente y desaparecido, entrando y saliendo de apuros. Y a pesar de que con frecuencia fue motivo de vergüenza para sus padres, éstos continuaron apoyándole durante muchos años con increíble paciencia y devoción, cuando lo más fácil habría sido darle por imposible. A Mort, como es natural, le amargaba comprobar que su hermano seguía una existencia irresponsable mientras él continuaba amarrado con la camisa de fuerza de las responsabilidades familiares de las que Billy había escapado, obligándole con su desertión a interpretar el papel de hijo fiel y respetable.

Por ello, la textura de la relación fraternal estuvo siempre basada en los distintos caminos seguidos por ambos y se manifestaba en pequeños gestos antes que en hostilidades manifiestas. Tal como correspondía a una dignificada familia *wasp* de San Luis, con pequeños gestos bastaba. Simplemente, Billy y Mort jamás estaban de acuerdo en ninguna cuestión. Tomemos como ejemplo esta pequeña discusión que mantuvieron acerca de la bomba atómica durante una visita de Billy a San Luis en 1965, cuando ambos hermanos eran ya cincuentones.

Mort dijo: «Estuvimos perfectamente justificados en arrojar la bomba».

Billy dijo: «¿No te das cuenta de que los japos estaban completamente derrotados? Mira, unos bandidos se encierran en una cabaña, tu cuadrilla los tiene completamente rodeados; ellos tienen pistolas, vosotros tenéis rifles. No hay manera de que te acierten. ¿Acaso tomarías la cabaña al asalto? No, esperas a que se rindan. Era lo único que debíamos hacer, esperar a que se rindieran».

Mort dijo: «Es la idea más absurda que he oído en mi vida».

Billy dijo: «A mí lo que me parece absurdo es bombardear Hiroshima».

Billy Burroughs creció en el San Luis de entreguerras, en la orilla occidental del Mississippi, a quince kilómetros de distancia del punto en que éste confluye con el Missouri. En aquella época, las subdivisiones localizadas fuera de los límites de la ciudad, como Clayton, Webster y Groves, eran consideradas «el campo».

El 9 de marzo de 1914, poco más de un mes después del nacimiento de Billy, treinta y nueve personas fallecieron en un incendio en el Missouri Athletic Club. Fue

la peor conflagración registrada en la historia de la ciudad. En cualquier caso, San Luis tenía en términos generales la reputación de ser un lugar divertido, repleto de peñas y sociedades como el Club de las Cuestiones Públicas, el Club de los Grandes Libros, el Club de los Maestros de Ceremonias, el Ateneo Siglo XX, el Club Miércoles y la Asociación Rosaleda de la Avenida Glenmore. Las clases pudientes tenían a su disposición el Club de Campo de San Luis. Rogers Scudder, un amigo de la infancia de Burroughs, recordaba haberle oído exclamar a su madre con horror: «¡Finalmente han admitido a un alemán en el club de campo!».

San Luis contaba con una considerable población de ascendencia germana. La familia Anheuser-Busch había levantado allí su cervecería y, con los beneficios, una enorme mansión en Gravois Road. Joseph Pulitzer había fundado el *St. Louis Post-Dispatch*, adoptando como propia la máxima de Goethe: «*Mut verloren, alles verloren*» («Perdido el coraje, perdido todo»).

Era una ciudad de extrañas tradiciones, como el Baile del Profeta Velado. Cada año, un misterioso Profeta Velado, cuyo nombre jamás era revelado, aunque supuestamente procedía del Lejano Oriente, llegaba escoltado por lanceros bengalíes hasta su trono en el salón de baile, donde coronaba a la «reina» que presidiría la alta sociedad de San Luis durante los siguientes doce meses.

El San Luis de Billy Burroughs era una mezcla de lugares atractivos por diversos motivos para un muchacho. Estaba el Jardín de Invierno, donde uno podía patinar sobre hielo, y el restaurante de Joe Garavelli en De Baliviere, al que iba los jueves, el día que libraba el cocinero. Estaba el 415, donde uno podía pedir bagre al peso, y el Women's Exchange en la esquina de Euclid con McPherson, donde preparaban el mejor dulce de caramelo de la ciudad. Estaba la Fábrica Peletera Fawk, que desprendía un olor peculiar, supuestamente porque procesaban pieles de foca; también se rumoreaba que los Fawk habían adoptado a un chiquillo francés que se presentó acompañado de dos hermanos y tuvieron que quedarse con los tres.

Mientras que las viejas fortunas residían en Portland Place o Van Devanter, la avenida Lindell acomodaba las mansiones de los nuevos ricos, como el propietario de Jabones Sayman, que había empezado vendiendo en la calle con un carro tirado por un caballo. Cuando el animal murió, lo mandó disecar y lo colocó en el recibidor de su nueva y elegante casa. El contraste lo ofrecía la calle Market, el barrio chino de la adolescencia de Billy, con sus estudios de tatuajes y sus casas de empeños, en cuyos polvorientos escaparates uno podía encontrar un puño americano junto a una guitarra baqueteadada.

Rememorando su infancia en San Luis, T. S. Eliot recordaba sobre todo la majestuosidad y variabilidad del Mississippi, los barcos de vapor chiflando en Nochevieja,

los gallineros y cadáveres de negros arrastrados por las crecidas, la corriente perezosa e indolente. «Siento que haber pasado la infancia junto al gran río tiene algo que resulta inexpresable para aquellos que no lo han experimentado», escribió.

Burroughs conservaba un recuerdo mucho más marcado de otra corriente: el Rivière des Pères, una cloaca descubierta de nueve metros de ancho que serpenteaba por toda la ciudad hasta desembocar en el Mississippi, atravesando incluso algunos de los barrios más prósperos, mezclando afluencia con efluvios. Junto con su inseparable compañero de aventuras, su primo Pryne Hoxie, que vivía en McPherson, a la vuelta de la esquina de la avenida Pershing, Billy se plantaba junto a la orilla del «río de los padres» a contemplar cómo las aguas fecales se iban sembrando de zurullos procedentes de desagües situados a ambos lados. «¡Eh, mira ahí, otro que se acaba de ir por las pencas!». «Hueles como el Rivière des Pères» era una expresión habitual en San Luis.

Con Pryne también acostumbraba a sentarse en el porche trasero durante las tardes veraniegas para disfrutar de una naranjada Whistle bien fría y contemplar cómo el brumoso cielo azul se iba oscureciendo mientras los efluvios del gas de hulla y de los albañales flotaban sobre la ciudad. O saltaban desde los pilares de piedra de tres metros de altura unidos por una cadena en la cercana Universidad de Washington o cazaban ranas en el estanque de Forest Park. Billy y Hoxie se veían todos los días. Incluso tenían una llamada distintiva para avisarse mutuamente: ¡*Woo-woo-woop!*

Uno de los temas recurrentes en la vida de Burroughs es la muerte violenta de personas a las que sentía muy próximas —este libro contiene más cadáveres que *Hamlet*— y Pryne Hoxie fue el primero en caer. Falleció en un accidente de tráfico a los dieciocho años, mientras estudiaba en Princeton. Un fragmento de parabrisas le cortó la yugular. La señora Hoxie, cuyo marido, Bob, también acababa de fallecer, acudió a una médium de San Luis Este para que la pusiese en contacto con su hijo y su esposo. Por lo visto, practicaban juntos la lucha libre en el más allá. Cuando recibió esta información, a Burroughs le perturbó el aparente deterioro intelectual sufrido por los difuntos.

La familia Burroughs tenía jardinero, doncella, niñera y una cocinera con buena mano para los asados, los pichones, las codornices y el pato silvestre. De postre, a veces compraban una barra de helado en Delmonico's: de naranja por fuera, de algún otro sabor por dentro. En Navidades comían pavo, jamón de Virginia y *kuchen*, unas galletas de almendra en forma de estrellas y lunas crecientes importadas de Alemania.

Veraneaban en Harbor Beach, a orillas del lago Hurón, un pueblo de postal con sus coquetas casas pintadas de blanco y sus empinadas y serpenteantes calles que

ascendían hacia las colinas desde la orilla. En verano las laderas cobraban un vivo verdor, rodeadas de campos, prados y arroyos con puentes de piedra. Más hacia el interior había pinares, robledales y abedulares. Ecos de una Norteamérica idílica y pastoral convertida en destino estacional. Los veraneantes tenían allí su segunda residencia y el pueblo para ellos solos. La mayoría de ellos utilizaba un comedor comunitario al que acudían convocados por una campana. Tañer la campana a deshoras era una de las gamberradas favoritas de los críos, como también lo era vaciar la nevera de Whistle y ginger ale.

A primera vista, parece una infancia idílica, pero también tenía un aspecto siniestro en la influencia ejercida sobre un niño sugestionable por parte de empleados domésticos entregados a sus propios fines, posiblemente indecorosos, posiblemente corruptos. La vieja cocinera irlandesa, rememoraría posteriormente Burroughs, era como una de las brujas de *Macbeth*. Le enseñó a convocar a los sapos. Sólo tenía que ulular de una manera determinada y el sapo que vivía bajo una roca en el estanque de su patio trasero salía de inmediato. También le enseñó la maldición del gusano cegador; a sacar al gusano cegador del pan podrido. Buscabas un pedazo de pan mohoso, lo atravesabas de un modo determinado con una aguja y lo enterrabas junto al poste de la valla de una pocilga. «Aguja enhebrada, aguja empanada, aguja en el ojo, aguja ojeriza, entierra el pan en la porqueriza». El gusano se metería en el ojo de la persona a la que estuvieras maldiciendo y la dejaría ciega. Para repeler la maldición había que recitar: «Corta el pan y corta el hilo para que la aguja pierda el filo».

«Es un secreto», le dijo la cocinera irlandesa. «No se lo cuentes a nadie». Muchos años más tarde, en el hotel Empress de Londres, Burroughs soñó que un gusano blanco salía arrastrándose de su ojo y se despertó gritando. Su cocinera había despertado en el joven un marcado y longevo interés por la brujería y lo oculto. Un día que estaba en Forest Park con su hermano a última hora de la tarde, se fijó en un grupo de árboles y vio un pequeño reno verde, muy delicado, de patas finas y pálidas. *Reduciendo todas las cosas / a un pensamiento verde bajo una sombra verdosa*¹. El reno, reflexionaría más tarde, era su animal totémico, el cual se revela en una visión y al que uno jamás debe dar muerte. En otra ocasión, se despertó justo después de haber levantado una casa con bloques de juguete y vio hombres diminutos jugando en su interior, moviéndose a gran velocidad.

Su niñera, Mary Evans, era galesa, un pueblo conocido por sus coqueteos con la magia. Fue ella quien le enseñó esta otra maldición:

1. Referencia al poema «The Garden», de Andrew Maxwell. (Todas las notas son del traductor).